

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DEL PROF. JUAN  
JACOBO DE LARA, EN EL ACTO DE HOMENAJE  
EN SU HONOR

Don Angel Miolán, muy digno Director del Ateneo Dominicano: quiero expresar mis más sentidas gracias por este grandioso homenaje que tan generosamente se me ofrece aquí esta noche, así como por sus amables palabras de hace unos momentos. Este agradecimiento lo hago extensivo a las otras entidades culturales adheridas al acto, así como a todos los asistentes aquí presentes.

Señores y Señoras:

No puedo referirme como quisiera a las bellas palabras y elogiosos conceptos expresados por el distinguido y elocuente intelectual y escritor, don Manuel de Jesús Goico Castro, pues la emoción que siento me lo impide.

El entusiasta Goico Castro, espíritu elevado y poético, se une a la legión de entusiastas Pedristas que existen en todo el mundo hispánico, en todo nuestro continente, desde la Argentina hasta Norte América.

Hace más de veinte años hice un largo recorrido por Hispano América recogiendo e investigando todo lo posible acerca de don Pedro. En Buenos Aires pasé un mes y conversé con numerosas personalidades que habían conocido de cerca a don Pedro. Contaré de apenas algunos de ellos: Jorge Luis Borges me recibió en la Biblioteca Pública, de la cual era Director en ese momento, y, casi ciego ya, me guió y enseñó

todo el recinto mientras hablaba con la más grande admiración del Pedro Henríquez Ureña que él conoció y quien le había guiado y estimulado en sus años jóvenes.

El distinguido novelista Eduardo Mallea me dijo, al yo telefonarle, que él no sabía qué podría decirme de Pedro Henríquez Ureña, pero me recibió en su casa y pasó dos horas hablándome de él en los términos más elogiosos y con la más profunda admiración.

Don Guillermo de Torre, eminente español, desde muchos años residente en la Argentina, y respetado escritor también, se expresó con elocuente admiración por don Pedro.

El famoso filósofo argentino, Francisco Romero, amigo fraternal de don Pedro, y quien compartía con él su preocupación por el destino de nuestra América, la América hispana.

Doña Victoria Ocampo, que recientemente falleció, y quien fue una institución en las letras y en el pensar de su país, mujer cultísima y dedicada a las letras, me recibió en su acogedor despacho y casa editorial de su revista *Sur*.

Pasé semanas en Santiago de Chile y Lima, ciudades donde don Pedro enseñaba de cuando en cuando y donde tenía muchos admiradores y amigos.

Llegué a Ciudad de México, la ciudad en que vivió y brilló Pedro Henríquez Ureña en su primera juventud, la ciudad donde él creó un ambiente de cultura entre la juventud inquieta del momento, y donde años más tarde, en su segunda etapa mexicana, enseñó y guió otra generación de jóvenes con ansia de saber. Allí conocí a varios de sus contemporáneos y muchos de sus antiguos discípulos.

Don Alfonso Reyes, su fraternal amigo desde que don Pedro llegó a México en 1906, me recibió en su pintoresca residencia llena de libros, donde presidían él y su amable compañera, doña Manuelita. Don Alfonso lloró de emoción hablando de don Pedro, su Pedro. Esos dos grandes hombres de letras, dedicados americanistas, humanistas y pensadores, fueron amigos fraternales por cuarenta años, hasta la muerte de don Pedro.

Otro amigo íntimo de don Pedro, el argentino Ezequiel Martínez Estrada, a quien conocí en Ciudad de México, también lloró al hablar de don Pedro, cuando le visité en su hotel.

Podría extenderme hasta el infinito mencionando amigos y personas prominentes que conocieron y admiraban a don Pedro, y tal vez lo haré uno de estos días con más calma, pero ese conjunto de impresiones solamente confirma la innegable universalidad de nuestro ilustre dominicano, Pedro Henríquez Ureña.